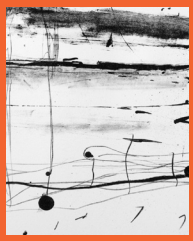
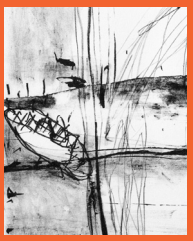



72

Procesos de hibridación y recreación cultural

Nueva Antropología

• **Steffan Igor Ayora Diaz,** Modernidad alternativa: medicinas locales en los Altos de Chiapas • **Mauricio G. Guzmán Chávez,** Cosmética verde: la apropiación de los discursos sobre la crisis de la biodiversidad en Brasil • **Alejandro I. von Bertrab Tamm,** Conflicto social alrededor de la conservación en la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas: un análisis de intereses, posturas y consecuencias • **Elsa Rodríguez Saldaña,** Imágenes del actor colectivo. Una aproximación a la dinámica de las marchas de protesta en la ciudad de México • **Tania Cruz Salazar,** *Writers, taggers, graffers y crews*. Identidades juveniles en torno al grafiteo • **Miguel Figueroa-Saavedra,** La estudiante de Bellas Artes y la generización masculina del artista creativo

Casa abierta al tiempo

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

VOL. XXIII, NÚM. 72, ENERO-JUNIO DE 2010 ISSN 0185-0636

- Las mutuas influencias e intercambios que se dan entre el investigador y la comunidad.
- El compromiso moral, social y/o político que se presenta a los investigadores.

En otro nivel de la reflexión metodológica que toca aspectos epistemológicos de la investigación antropológica, encontramos reflexiones sobre:

- Las ciencias sociales.
- La subjetividad en el trabajo de investigación y la necesidad de hacerla consciente para utilizarla en forma constructiva.
- La interpretación de la realidad.
- La valoración del papel que juega el investigador en la comunidad.
- Los riesgos y alcances del investigador al involucrarse en la comunidad.
- Los límites y aportes de los productos académicos.
- La reciprocidad, a través de la devolución de los productos del trabajo académico, con la comunidad.

En fin, otros más de los variados aspectos que conforman una visión profunda de la práctica antropológica en México se manifiestan a través de las definiciones de lo que es un testimonio, de una historia oral y del análisis sobre el juego de interpretación que se da entre el narrador y el investigador, así como mediante las críticas y puntos de reflexión sobre el papel que desempeñan las instituciones indigenistas. La obra manifiesta la visión de una antropóloga madura que nos comparte su experiencia entre yoris y guarigíos.

Frances Stewart (ed.), *Horizontal Inequalities and Conflict. Understandig Group Violence in Multiethnic Societies* (pról. de Kofi Annan), Hampshire/New York, Palgrave Macmillan, 2008.

Luis Vázquez León*

Desde hace algunos años, los temas de la violencia, el conflicto y la militarización ocupan las reflexiones de un creciente número de estudiosos sociales. Desde luego, éstos no son temas que fascinen en exceso, como sí lo hace la cultura y su correlato obligado, los estudios culturales, predilectos por la mayoría de los estudiosos. Más allá de la moda estética o de la mera popularidad de tales pesquisas, hay que reconocer que algunos de los estudios sobre la violencia pueden incluso repugnar en lo más íntimo; mas ya no se puede seguir ocultando que en el caso de la violencia y los conflictos étnicos, también está presente de manera destacada la cultura. Los conflictos suscitados entre grupos cohesionados en torno de la cultura o con estatus culturales encontrados, son los más claros indicios de esta confluencia. Ello lo respaldan de manera contundente los catorce capítulos de este libro editado por la economista Frances Steward, de la Universidad de Oxford, y debidos a otros tantos autores adheridos al Centre for Research on Inequality, Human Security and Ethnicity (CRISE). En conjunto, no dejan lugar a dudas de que la

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS de Occidente, México).

cultura puede actuar como un factor detonante del conflicto, siempre que se le asocie con una percepción aguda de las desigualdades horizontales. Y es que en términos generales las desigualdades verticales y horizontales pueden reproducirse sin motivar ninguna violencia, del mismo modo que las sociedades multiétnicas o multirreligiosas pueden convivir de una forma pacífica por largos periodos. La cuestión a responder ahora es: ¿cuándo las diferencias culturales devienen un enfrentamiento violento?

La pregunta está lejos de ser sólo académica. De ser exactas las cifras brindadas por Stewart en su introducción, y según las cuales entre 1953 y 2005 los conflictos étnicos crecieron del 15 al 60%, entonces significa que el uso de la identidad como arma política es un signo característico de nuestros días. Otro ingrediente, no menos impresionante, es que muchos de estos conflictos pueden tener al Estado-nación como un actor a favor o en contra; pero también es cierto que no siempre es el mayor enemigo imaginado por los contendientes. Los conflictos comunales a veces ocurren al interior de un mismo grupo étnico y no por ello dejan de ser menos violentos, aunque se trate de una lucha entre iguales. Muchas naciones, hay que recordarlo, surgieron de una "guerra entre hermanos". En México, hasta nuestros días, la mayoría de los conflictos atendidos por el desaparecido Programa de Focos Rojos eran de carácter comunal, pero también es verdad que en algunos casos se aprecia la tendencia a la violencia interétnica, la cual implica a dos grupos de la población enfrentados y con características diferenciables hasta cierto punto.

El libro de Stewart (ed.) no evade el asunto nacional y mucho menos el comunal, como demuestra el estudio de Luca Mancini en Indonesia. No obstante, al centrar su atención en las llamadas desigualdades horizontales entre grupos culturales interactuantes, resulta inevitable que aparezca una orientación nacional común de los grupos ubicados en un mismo contexto. El asunto está perfectamente planteado en el capítulo de Matthew J. Gibney, que aborda los principios democráticos que deben imperar en la constitución de la ciudadanía en un mundo de naciones que las siguen coartando con su sola exclusividad. Ello explica que hacia el final del libro, en el capítulo de políticas sobre las desigualdades horizontales (de Stewart, Graham K. Brown y Arnim Langer) se traten varias cuestiones que pocas veces se atienden bajo la visión de política multicultural, como es una cierta disposición favorable para las políticas integrativas que aminoran la fuerza de los conflictos y que suponen que el Estado intenta la reducción de los aspectos más salientes de la etnicidad, mientras que muchas políticas de reconocimiento pueden en realidad estimularlos. Sin oponer a unas y otras, es claro que algún poder debe obrar buscando la integración y al mismo tiempo el reconocimiento. Todo parece indicar que el caso de Malasia es el más característico de este equilibrio en tales políticas sociales. Después de todo, la persistencia de las desigualdades horizontales puede endurecer los límites grupales y atrapar a sus miem-

bros en etnicidades o racializaciones desventajosas, las cuales siguen reproduciendo a las mismas desigualdades que quieren eliminar. De todos es conocido el caso del racismo sudafricano, no del todo cancelado por el discurso multicultural, y que sigue planteando al analista el asunto de una integración o "incorporación adversa" en las restructuraciones del mercado laboral "negro".[1]

Así pues, sin dejar de referir los casos de Irlanda del Norte, URSS y Yugoeslavia, la hipótesis central del libro y sus estudios de caso en África, Asia y Latinoamérica, es que la expresión aguda de las desigualdades horizontales (que son aquellas desigualdades no individuales que se advierten entre grupos culturalmente constituidos, con variadas dimensiones socioeconómicas, políticas y culturales mismas) predispone al conflicto violento cuando coinciden la percepción subjetiva y la expresión política de las identidades grupales, en especial por parte de las elites dirigentes de los grupos en condición de privación. No se habla, por lo tanto, de cualquier violencia –criminal, doméstica, sexual, etcétera– sino sólo de la que involucra la desigualdad horizontal y la movilización política. Esto puede ocurrir en economías desarrolladas, sin duda alguna, pero es más probable que suceda en economías atrasadas, donde el bienestar es reducido y las desigualdades importan más a las masas y sus dirigencias.

Al respecto es necesario agregar una digresión al comentario, en vista de que economistas del desarrollo como Frances Steward resolvieron de modo muy práctico y sin sombra de turbación lo que, equivocadamente, el *ethos* antropológico mexicano concibió como antagónico, lo cual tuvo secuelas de pérdida empírica y aún heurística. Uno de los pioneros del estudio de los conflictos étnicos, Rodolfo Stavenhagen, muchos años atrás hizo un infructuoso llamado para usar de manera sintética los conceptos de clase social y de grupo étnico. La polarización absurda entre partidarios de uno y otro concepto subestimó la propuesta y temo que la discordia se puede interpretar aún como predominio de un compromiso ontológico sobre el otro.[2] Por supuesto que nadie está obligado a seguir pensando como hace 30 años, ni tampoco a creer que las desigualdades horizontales son las clases sociales (aunque en Latinoamérica tiendan a confundirse, sin mencionar que las desigualdades horizontales sirven a los intereses de los grupos dominantes, que a veces son clases). Pero a lo que me refiero es que mientras otros especialistas nunca prescindieron de conceptos analíticos centrales como éstos, la antropología literalmente fue seducida por la cultura y procuró desligarse de todos aquellos conceptos y teorías que implicaban la estratificación o la desigualdad (des-

[1] DU TOIT, Andries (2004), "Social Exclusion' Discourse and Chronic Poverty: A South African Case Study", *Development and Change*, vol. 35, núm. 5, pp. 987-1010.

[2] *Cfr.* STAVENHAGEN, Rodolfo (2000), *Conflictos étnicos y Estado nacional,* México, Siglo XXI; "Clase, etnia y comunidad" (1980), en *Problemas étnicos y campesinos. Ensayos,* México, INI, pp. 11-20.

de el más simple rango hasta los más extremos como la esclavitud, sin olvidar los estamentos, las castas, y las clases sociales mismas), acaso porque supusieron que la cultura era discreta, homogénea, y hasta un substituto del conflicto político.[3] Pues bien, era necesario que Stewart partiera del supuesto contrario –de que ciertas sociedades donde existen grupos definidos culturalmente también están sujetas a las desigualdades y tensiones–, para que sobreviniera un enfoque productivo como el examinado. Dos años atrás, otro economista, Amartya Sen, también nos recordó que los procesos de identificación cultural fatalista pueden derivar en la violencia.[4] Esfuerzos antropológicos coincidentes en "sociologizar la economía" y en "economizar la sociología" (a propósito de las causas económicas de los conflictos étnicos) son pocos aún, pero sin duda sobresalientes.[5] Como quiera que se vea, quien siga creyendo que la economía es una "ciencia lúgubre", incurre en un grave error, peor aún cuando la crisis del capitalismo global recorre el mundo, volviendo a colocar a la economía en un primer plano.

Pero al resaltar estos conceptos y estas aproximaciones, no debe incurrirse en la fácil interpretación de que hay que retornar a la conocida tesis de la determinación de los conflictos basados en las desigualdades económicas. Stewart (ed.) prefiere hablar de la economía como una "condicionante" del conflicto, matiz no banal porque también se pone entre comillas su expresión "objetiva". Lo anterior no significa suscribir del todo el subjetivismo de los actores, pero tampoco rechazarlo. Los cálculos y fórmulas característicamente econométricas, o sólo estadísticos, que ocupan los tres capítulos de la segunda parte del libro demuestran que el cometido objetivista existe, pero no determina del todo al análisis. Lo anterior es una exigencia simultánea de atender a las autoadscripciones, a las propias distinciones o a las elecciones grupales. De hecho, para sopesar la importancia y dinámica de las desigualdades horizontales en un país, hay que clasificar primero a los grupos identitarios más relevantes; lo cual constituye un procedimiento no siempre sencillo, pues pueden haber clasificaciones alternativas o algunas en verdad debatibles como la de los "mestizos" en Latinoamérica (pues no son ni un grupo étnico ni un grupo cultural). Por lo mismo, Corinne Caumartin, George Gray y Rosemary Thorp eligen abordar mejor como un grupo "no indígena" para los casos de Bolivia, Guatemala y Perú. El asunto está lejos de ser agotado, porque la palabra mestizo tuvo connotaciones de casta en su origen[6] y un

[3] Lepenies, Wolf (2006), *The Seduction of Culture in German History*, Princeton, Princeton University Press.

[4] Sen, Amartya (2006), *Identity and Violence. The Illusion of Destiny,* Nueva York, W.W. Norton.

[5] Schlee, Gunther (2004), "Taking Sides and Constructing Identities: Reflections on Conflict Theory", *Journal of the Royal Anthropological Institute,* vol. 10, núm. 1, pp. 46-147.

[6] Jackson, Robert H. (1999), *Race, Caste and Status. Indians in Colonial Spanish America*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

desprestigio que lo acusaba de ser un grupo deletéreo, el cual vino a corromper ese orden jerárquico con su presencia y crecimiento demográfico, contaminando sobre todo la pretendida "pureza de sangre" tanto de la población colonizadora como de la nobleza indígena avasallada. Es imposible no dejar de recordar el clásico estudio de Andrés Molina Enríquez, donde raza y clase social se sobreponían y tampoco se puede olvidar cómo, bajo influencia de Franz Boas, lo corrigió para ligar entonces cultura y clase social en México.

Arribamos así a la tercera parte que reúne cinco capítulos regionales en que se apeló a los estudios de caso nacionales (tres de África, uno de Asia y uno de Latinoamérica, aunque subdividido en tres países) a través de un análisis global, comparado digo yo, que combina la economía política, la econometría, y los enfoques históricos y antropológicos. Gracias a este esfuerzo colectivo, su argumentación resulta más compleja al decir que donde las desigualdades horizontales sean más fuertes será más probable que estalle un conflicto; en todo caso, se requiere de la consistencia entre lo económico y lo político, amén de que la desigualdad cultural puede disparar al conflicto. Por supuesto que de los tres casos latinoamericanos llama la atención la débil expresión política partidaria de la etnicidad –Bolivia y Ecuador siguen siendo una excepción y no la regla–; asimismo, en todos los casos se recurre a una mezcla de ideologías de clase y de etnicidad que no siempre son predominantes y no simpre favorecen a estas últimas. ¿Por qué los grupos radicales de clasificación mestiza son los que consiguen movilizar a los indígenas? La pregunta sobresale al leer a los autores de este capítulo sintético. Mucho más extraño resulta la conclusión que aportan respecto a que los países que han experimentado rebeliones indígenas, son también los que poseen políticas indígenas más débiles (que no indigenistas o neoindigenistas), mientras que los países donde ha predominado el acomodo político, la política indígena aparece más consolidada.[7]

El libro está repleto de ideas discutibles, pero muy estimulantes para la indagación futura. Uno siempre podrá echar de menos tal o cual país, tal o cual puntualización, tal o cual enfoque, pero conviene terminar este repaso haciendo notar que la editora y sus colegas no se limitan a destacar sus mayores resultados y conclusiones. Más bien los sobrepasan para cerrar el libro con un importante análisis sobre las políticas de integración pero también las de acción afirmativa; esto es, el sensible tema de la redistribución y el reconocimiento. Más allá de decantarse a favor de unas u otras opiniones, al reflexionarlas en conjunto uno termina preguntándose si en México estamos ante un caso de inclusión democrática de derechos culturales y sociales que precisa dejar de ver a ciertos grupos como no ciudadanos o como ciudadanos de segunda. Asunto espinoso para una so-

[7] Albro, Robert (2009), "Cultural Citizenship and Constitutional Reform in Bolivia's Evo Era" (conferencia), en *Contesting Liberal Citizenship: New Debates on Alternative Forms of Democracy and State Power in Latin America*, Jerusalém, julio 6-9, The Hebrew University.

ciedad que día a día ve disminuidas sus garantías individuales en aras de una guerra declarada por un gobierno de derecha y que ya arroja sangrientos "daños colaterales" sobre las relaciones sociales, aún no del todo sopesados. Pero otra vez, esta percepción no agota en absoluto la riqueza, la finura y la amplitud de miras de todo el libro.

Vera Valdés Lakowsky, *La plata en la historia. Del albo brillo a la pureza y perfección*, México, Plaza y Valdés, 2008, 646 pp.

Marialba Pastor*

Las diversas temáticas abordadas a lo largo de las 646 páginas de este libro, dividido en cinco capítulos con un criterio principalmente cronológico,[1] confluyen en un hecho histórico central: la multiplicidad de funciones adquirida por la plata (entre el momento de su descubrimiento, explotación e intercambio) con la aparición de las civilizaciones antiguas, hacia el año 3000 a.C., y el momento en que se completó el circuito del mercado mundial al quedar América y las islas del Pacífico incorporadas a él en el siglo XVI. Esta multiplicidad se podría sintetizar en dos aspectos: la función monetaria-material y la función suntuaria-religiosa. Ambas presentan una mutua y constante dependencia. Desde mi punto de vista, esto convierte al libro en algo novedoso e interesante.

Existen muchas obras que abordan la función de la plata en una región y periodo determinados o que se concentran en el estudio de algún asunto particular relacionado con este metal: la propiedad, la tecnología, la metalurgia, el trabajo, los gremios o el uso artístico, religioso y ornamental. Muchos de ellos dejan de lado lo ocurrido con el metal blanco en el Medio Oriente, India y el este de Asia, dando la impresión de que la invención y el desarrollo de las técnicas minero-metalúrgicas ocurrió en Europa y que su valoración religiosa y suntuaria se dio sobre todo en esas latitudes. La obra de Vera Valdés, en cambio, procura tener un alcance en verdad mundial en términos de la aparición y la desaparición de los distintos centros de desarrollo de la actividad minero-metalúrgica a lo largo de la historia (China, India, Irán, Arabia, Europa, Japón y América). Además, intenta hacerlo desde una perspectiva integral al no separar demasiado los ámbitos político, económico, cultural y religioso, en virtud de abordar sociedades eminentemente premodernas, donde la vida material y espiritual permanecen imbricadas.

Como se sabe, la plata es sinónimo de riqueza, abundancia, brillo, blancura, maleabilidad, pureza y perfección. La obra plantea cómo por mucho tiempo se creyó que los dioses la habían do-

*Historiadora, profesora titular de la Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

[1] Capítulo I: Las operaciones minero-metalúrgicas de la plata y los metales preciosos; Capítulo II: La plata en el mundo antiguo; Capítulo III: La plata en los siglos del IV al XIV; Capítulo IV: Las innovaciones minero-metalúrgicas, la vinculación interregional, los lazos económicos mundiales en los siglos XV y XVI. Capítulo V: La trascendencia de la plata entre los siglos XV y XVI.